

## Familia y capital social

**Aurora Bernal**

Universidad de Navarra

*En la década de los ochenta del pasado siglo, desde la perspectiva sociológica lindando con el campo de la economía, se alzan las voces de algunos investigadores que intentan capturar bajo una categoría, capital social, la potencialidad que tienen las relaciones humanas interpersonales para el desarrollo de las personas y de las sociedades. En 1994, el Año Internacional de la Familia (ONU, Asamblea General, 1989), se plasma la interrelación profunda entre el bienestar familiar y el desarrollo sostenible, y se intenta sensibilizar a los gobiernos para que incluyan en sus políticas sociales la atención a la familia como primer agente de bienestar social. En el año 2004 la perspectiva de familia en la política social de los gobiernos es ya una realidad, acuciados estos por el invierno demográfico y el envejecimiento de la población. La sociedad, cuya pirámide se desequilibra, y “papá-Estado” no pueden hacerlo todo.*

No es desde una perspectiva tradicional, sino precisamente con la voz de la ONU (2002), desde donde se destaca el papel prioritario de la familia como agente *socializador*, *cuidador* de niños y ancianos y *educador*.<sup>1</sup> La *solidaridad intergeneracional* y la *cohesión social* nacen ahí (2003).

El gran tema, sin embargo, no es reconocerlo. Eso es mucho, pero no suficiente. En el contexto descrito —inversión de la pirámide poblacional y crisis económica— la clave sería hallar una vía que fomentase el capital social en la familia y desde ella extenderlo a la sociedad (Belsey, 2005). Una tarea de tal magnitud requiere un esfuerzo decidido para trabajar en las sinergias entre familia, escuela y sociedad civil.

La familia, como la sociedad, está compuesta de personas. Por ello la naturaleza de las relaciones que se dan en su seno —inicio, desarrollo, incidencias, término— desemboca en una familia o en una sociedad sana y sostenible, o por el contrario, conflictiva y enferma.

La familia trasciende lo biológico y está siempre detrás de nuestra identidad. La familia —tal como señala el filósofo Lévi-Strauss— es una relación social plena, con unos vínculos que *trascienden la dimensión biológica* y que establecen un orden sociocultural, un *orden significativo del mundo*.

Por otra parte, las personas se saben en el mundo siendo varón o mujer, de una edad determinada y descubriendo esos rasgos básicos de su identidad en relación con otras personas (Donati, 2003). El parentesco dentro de un contexto más amplio, el de la consanguinidad, nos traslada a una realidad ineludible: tú eres un tú determinado y no otro porque eres mi padre o mi hermana. La identidad personal apoyada en nuestras raíces queda así patente.

Es fácil concluir que cuando la familia no es, no existe o se rompe por el motivo que sea, ese orden significativo del mundo y esa identidad significativa de la propia personalidad entra en crisis, afectando a todo el tejido social.

Los vínculos con otros atan la acción propia, al establecerse las normas —lo que no se debe hacer y lo que es mejor hacer—, pero también la impulsan. A veces solo se aprecia lo primero, pero eso es un error. El arraigo, el apego y la dependencia son la base para la independencia (MacIntyre, 2001).

La estabilidad en una comunidad familiar “ata” la libertad de sus miembros, pero también puede suponer las condiciones para que estos siempre estén apoyados en sus acciones y actuaciones sociales, profesionales, etc., algo que desde un prisma individualista a menudo se olvida.

### **Calidad del vínculo y capital social**

En diversas disciplinas —política, sociología, antropología, economía— el *capital social* es una noción asociada a un *conjunto de normas, redes y organizaciones mediante las que se accede al poder y a los recursos*, que son instrumentos para la adopción de acuerdos en la vida sociopolítico-económica y que se observa en todos los niveles de vida y de organización social, en las asociaciones horizontales y verticales (Serageldin y Grootaert, 2000).

Desde este punto de vista el capital social puede *rendir* positivamente o negativamente, y, desde el punto de vista económico, se puede *evaluar* con evidencias empíricas porque es capaz de repercutir en asuntos como el aumento de ingresos, la equidad y la reducción de la pobreza.

Entre los autores que usan y divulgan esta categoría, destacan Portes (1998), O'Connor (1973), Loury (1977), Bourdieu (1986), Coleman (1988) y Putnam (1993). Como conclusión de sus trabajos puede afirmarse que el capital social se compone de elementos tales como: la participación en redes sociales, la reciprocidad, la confianza, la seguridad, las normas sociales y las actitudes proactivas. Los efectos son: la fluidez en la transmisión de información, la coordinación de actividades y la adopción de decisiones y sanciones colectivas.

Sin embargo, es en la familia donde se instauran vínculos profundos, lo que se produce en la práctica, apoyada en la consanguinidad y buscando el bien del otro. “Es el amor familiar el que construye —mediante procesos socializadores precisos— y sostiene —en cuanto generalizable y generalizado— las orientaciones altruistas que pueden activarse en la sociedad externa de la familia” (Donati, 2003, p. 113). En esta estructura de expectativas mutuas se dan acuerdos de comunicación, intercambios de bienes y servicios, apuntando a lo más personal con un carácter marcadamente educativo. Su relación es diferente a la que se da en una asociación de subsistencia característica de una sociedad de mercado. Por ello cabe pensar y esperar una sociedad cuyos vínculos, a inspiración de los que se dan en el ámbito familiar, se basen en la aportación recíproca.

La persona es capaz de crear vínculos no determinados por la especie, sino proponiéndose fines, pensando. Esas asociaciones de vínculo estable son las instituciones que permiten hacer proyectos que van más allá del interés particular de un individuo (Polo, 1996). Solo en este orden social institucional se expresa el ser humano como persona. La dimensión sociable de las personas se expande así como solidaridad y no solo como mera socialización, adaptación a un grupo o a un entorno.

El capital humano es menos tangible que el capital físico, pero cuenta con *indicadores* que permiten evaluarlo. El principal capital social de la familia —sostiene Coleman (1988)— proviene en primer lugar de la *relación entre padres e hijos* y después de la relación con otros adultos próximos a la familia. La ausencia de los adultos supone una deficiencia estructural en las familias. Concretamente el papel del

padre, del varón como responsable de la educación y cuidado de los hijos, es primordial; algunos autores destacan que no solo tienen un rol de aportación económica (Amato, 1998). Estas relaciones presentes o ausentes, escasas o abundantes, están estrechamente conectadas con el *éxito de los niños en la escuela*. Por otra parte, cuando los padres conocen a los amigos de sus hijos y a los padres de los amigos de sus hijos los padres están construyendo capital social (Marsiglio, 2001).

En la mayoría de estudios sobre capital social, la familia ocupa un lugar importante (Edwards, Franklin y Holland, 2003). Se encuentran correlaciones con el desarrollo socioemocivo de los niños, la tasa de abandono de los estudios secundarios, el acceso a la educación superior, el acceso al primer empleo, la estabilidad laboral así como la reducción del crimen y la violencia en una comunidad (Hofferthm-Boisjoly-Ducan, 1999).

Otros autores asocian y amplían la influencia de la familia al capital cultural y al bienestar en general de la sociedad (Lin, 2001) o se centran en la relación entre estilo parental y autoconcepto en adolescentes (Marjoribanks y Mboya, 2001).

La mayor parte de los trabajos referentes a la familia y el capital social están centrados no solo en la educación intrafamiliar, sino también en el estudio de aquellas condiciones de la familia que favorecen el desarrollo académico de los hijos (Seaman y Sweeting, 2004) así como la elección de futuros estudios (Van de Werfhorst y Sullivan, 2003), quedando claro que la unidad de criterios educativos entre padres y responsables de un centro educativo facilita el éxito escolar (Morgan y Sopesen, 1999).

Quedan, sin embargo, muchos temas que explorar: la importancia del *control social informal* aprendido y ejercido en la familia como forma de integración social y sostenibilidad del sistema así como la *correlación entre capital social y cohesión sociopolítica* e incluso con democracia. No olvidemos que el capital social supone la interiorización de: conductas, disposiciones, conocimientos y hábitos adquiridos en la socialización y acumulados mediante la educación y el aprendizaje que se produce... ¿dónde mejor que en la familia?

*(Este artículo está basado en ideas del artículo “La educación en la familia, germen de capital social”, escrito por la profesora Aurora Bernal de Soria, de la Universidad de Navarra. Está publicado en: R. Martínez, H. Pérez, B. Rodríguez (ed.), Family-School-Community Partnerships Merging into Social Development, Oviedo, Grupo SM, 2005, pp. 21-40, ISBN: 84-675-0587-7.)*

---

<sup>i</sup> *Approaches to Family Policies. A Profile of Eight Countries* (ONU, Division for Social Policy and Development —DSPD—, 2001).